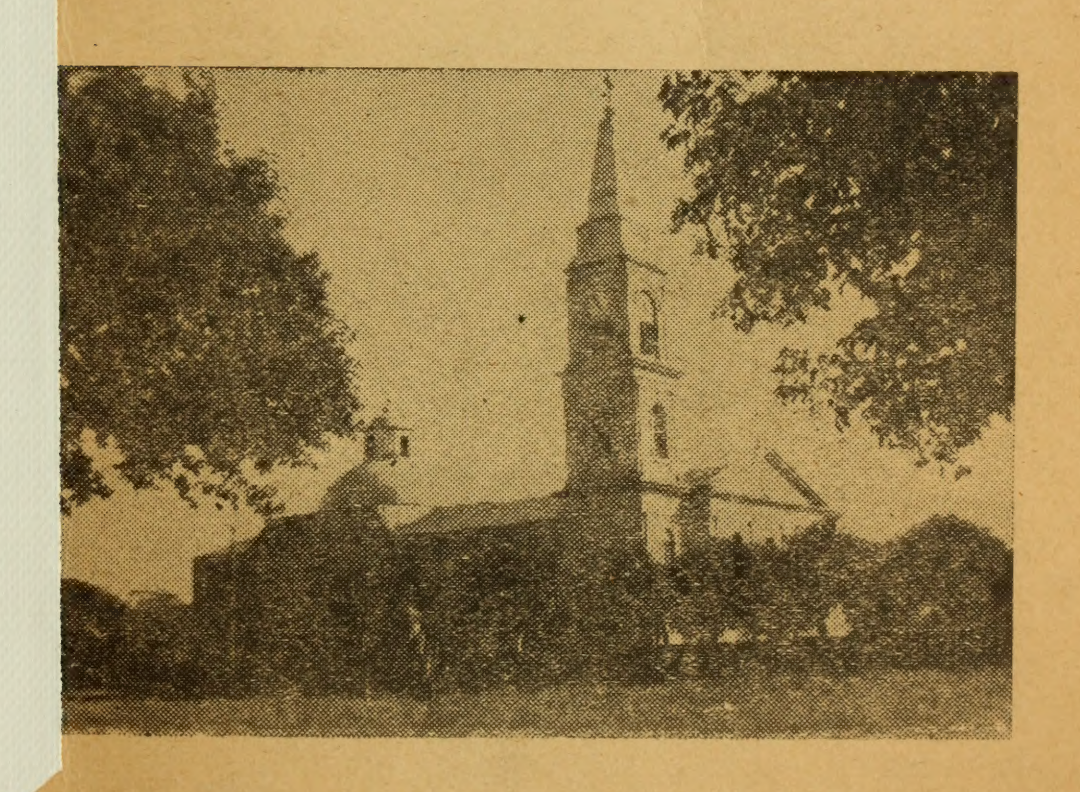

3 1761 06566698 4

MARCOS P. RIVAS

HISTORIA DE SAN LORENZO



MARCOS P. RIVAS

HISTORIA
DE
SAN LORENZO

DEL AUTOR

POESIA

La Buena Canción
La Ruta Incierta
Las Horas Huérfanas
Facundo (poema histórico)

PSICOLOGIA Y DIDACTICA

Los Problemas de la Inteligencia
La Ortografía en la Escuela Primaria

HISTORIA

Historia del Fuerte de Melinkhué
" de Guardia de la Esquina (en el Anuario de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario)
" de San Lorenzo

CAPITULO I

EL HISTORICO CONVENTO DE SAN CARLOS

Los pasajeros que a diario transitan en el ómnibus que desde Rosario se dirige a la localidad de Serodino, apenas si fijan la mirada, con la indiferencia del quehacer cotidiano, en los escombros subsistentes de un edificio colonial casi cubierto por la maleza, junto a la margen del río Carcarañá, a escasos metros del camino carretero. Allí se levantaba la estancia y capilla de San Miguel, de los padres jesuítas, fundada en los primeros años del siglo XVIII en los campos que pertenecieron a don Manuel Diez de Andino, descendiente de uno de los animosos mancebos criollos que al mando de ese recio varón que fue don Juan de Garay se dispusieron a "abrirle puertas a la tierra".

Al igual que las demás comunidades jesuíticas, la de San Miguel constituyó una avanzada de progreso y civilización en medio de aquella huraña extensión de territorio. En las minuciosas apuntaciones del libro de contaduría de la orden, existente en el Archivo Histórico de Santa Fe, se comprueba que el referido establecimiento importaba yerba y tabaco de las Misiones. Desde el Carcarañá esos productos eran vendidos y transportados en carreta hacia las provincias de Cuyo, y desde allí hasta Chile. Acaso la demarcación de los primeros caminos al interior sea debida a ese intercambio de mercaderías y manufacturas. En 1720 se lee esta sugestiva anotación: "Y como 100 fanegas de trigo que allí —estancia San Miguel— se recogió este primer año que se sembró y no se ha trillado aún". En 1740 el establecimiento tenía un personal de 109 esclavos y las familias, y en sus campos 4.800

animales bovinos (de los mismos 400 lecheras y 300 bueyes), 1.100 mulas, 6.600 equinos y 500 ovejas, 22 carretas y 3 carretones. La enumeración de las herramientas de carpintería en un inventario del año 1741 permite suponer que esos vehículos eran fabricados en la estancia, la que contaba, además, con atahona y colmenar.

Producida en 1767 la expulsión de la orden de San Ignacio de Loyola la edificación se derrumbó, en medio de la hostil desolación de aquellos campos.

El franciscano aragonés Juan Matud fue mandado en 1780 desde España a Buenos Aires como superior de una misión, pasando después al Paraguay; desde allí regresó a esta ciudad donde fundó un colegio de la orden, viajando luego a Córdoba, sede provincial de la comunidad. Aprovechando su estada en la ciudad mediterránea obtuvo permiso para edificar en la villa de Río Cuarto una capilla y casa parroquial. Desde ese lugar viajó a Chile, siendo designado comisario colector de una misión a España, embarcándose en Chillán, en 1764, con 56 misioneros y las limosnas recaudadas. Tal el ejercicio de su ardida vocación sacerdotal.

Cuatro años después desembarcó de nuevo en Chile, desde donde pasó a Buenos Aires. Merced a sus empeñosas gestiones, el virrey Vértiz le autorizó para gestionar ante el cabildo de Santa Fe la cesión de la derruida estancia "San Miguel", sobre el Carcarañá. Se proponía fundar en ese lugar un colegio de misioneros. Como necesitaba autorización real mandó a España, con ese fin, al padre Sarlanga ex guardián del convento de Córdoba. El rey Carlos III expidió la real cédula correspondiente en Aranjuez, el 14 de diciembre de 1775.

Cuando la autorización del monarca llegó a Buenos Aires, fray Matud se encontraba en Valdivia, desde donde regresó de inmediato. Accediendo a las súplicas del franciscano, el virrey Vértiz accedió a la sustitución del nombre "San Miguel", de los jesuítas, por el de "San Carlos" en homenaje al rey de España. El 10 de enero de 1780, en compañía de dos misioneros, llegó fray Matud a su nuevo destino. A pocos meses de su llegada, y cuando el estable-

cimiento comenzaba su piadosa labor, el abnegado discípulo del "poverello" de Asís, que sufría de agudísima amnesia, cayó en abrumadora crisis melancólica. Llevado a Buenos Aires e internado en la enfermería de la Recoleta, murió el 9 de marzo de 1784.

Nombrado en su reemplazo fray Francisco Altolaguirre, ex custodio de la orden en la Asunción, y que por ese entonces se encontraba en España, se trasladó al Carcarañá con 13 misioneros, tomando posesión del colegio el 27 de julio de 1786.

En medio del tremendo desamparo de los campos, habitando viviendas insalubres, privados de alimentos y socorro y expuestos a la permanente amenaza de los salvajes, los franciscanos resolvieron mandar un emisario a Buenos Aires en procura de auxilios y autorización para trasladar el colegio a la Colonia del Sacramento.

Al ser denegada la angustiosa solicitud fue designado nuevo guardián fray Miguel Ruíz de Riaño, quien se propuso reconstruir los derruidos muros del colegio. Construyó a esos efectos un horno de ladrillos y logró la donación de madera para los techos; pero al iniciar los trabajos se le informó que las autoridades de Buenos Aires desaprobaban la reconstrucción por tratarse de lugar tan inhóspito. Aconsejaban, en cambio, el traslado del colegio al pago de San Lorenzo, tres leguas hacia el este, sobre el río Paraná. El virrey Arredondo emitió el decreto disponiendo la transferencia referida.

El llamado pago de San Lorenzo estaba situado a 3 kilómetros de la actual ciudad homónima. Se trataba de un desperdigado rancherío semioculto entre los escalones naturales de la barranca. Su fundación se atribuye a la necesidad de ocultamiento de parte de un grupo de perseguidos por la justicia.

El propietario, don Félix Aldao, donó a los padres franciscanos un terreno de 1.300 metros de frente por 5.000 de longitud. Se comenzó por la construcción de dos hornos de ladrillos, dándose principio a la edificación de la capilla primitiva, orientada hacia el norte, el año 1790. Distaba 5 leguas de la villa del Rosario de los Arroyos

y 30 de la ciudad de Santa Fe, y, según las Memorias del padre Constancio Ferrero, 3 cuartos de legua del río Paraná. Esta última distancia parecerá excesiva, pero debe admitirse que la barranca, de gran altura y rígidamente acantilada, ha sufrido continuos desmoronamientos que han reducido su área. La dilatada playa que existía en 1813 al pie del barranco, y en la cual desembarcaron las tropas españolas, ha desaparecido bajo las aguas. El guardian fray Joaquín Ducca me aseguró en 1947 que cuando él llegó por primera vez al convento, en 1895, aún subsistía.

La edificación fue principiada con cinco mil duros donados por Carlos III y algunos subsidios obtenidos en Buenos Aires, agregados a las economías de los franciscanos. El convento constaba de la capilla, galpones, tapias y claustros. Data de entonces la Bajada de los Padres, excavada por ellos en la barranca. Por ella huyó una parte de las tropas españolas el 3 de febrero de 1813.

Hacia el norte, sesgando el terreno, existe una profunda hondonada que se ensancha gradualmente a medida que se acerca al Paraná, en el cual desemboca. La amplitud de la misma les permitió a las tropas realistas llegar a las cercanías del convento en correcta formación.

El histórico colegio fue trasladado desde los campos de Andino el 6 de mayo de 1796. La ceremonia fue relevante en su cristiana sencillez. Llegaron con anticipación de varios días espectables vecinos de Buenos Aires. Rosario, Santa Fe y San Nicolás, algunos en carruaje, otros a caballo. Cantando salmos, entre el estruendo de salvas y cohetes, la comitiva llegó hasta una cuadra de distancia del convento. Desde allí continuaron a pie, en medio de hondo recogimiento, hasta el interior del edificio, procediéndose a su bendición. A las dos de la tarde, después de cordial refrigerio, fueron cantadas las vísperas y rezados los maitines. Así quedó inaugurada la vida monástica en el sagrado recinto.

Al guardián fray Ramón Redraro se debe la iniciación del templo actual el año 1807, y terminado en 1828 juntamente con el claustro, la cocina, enfermería, pana-

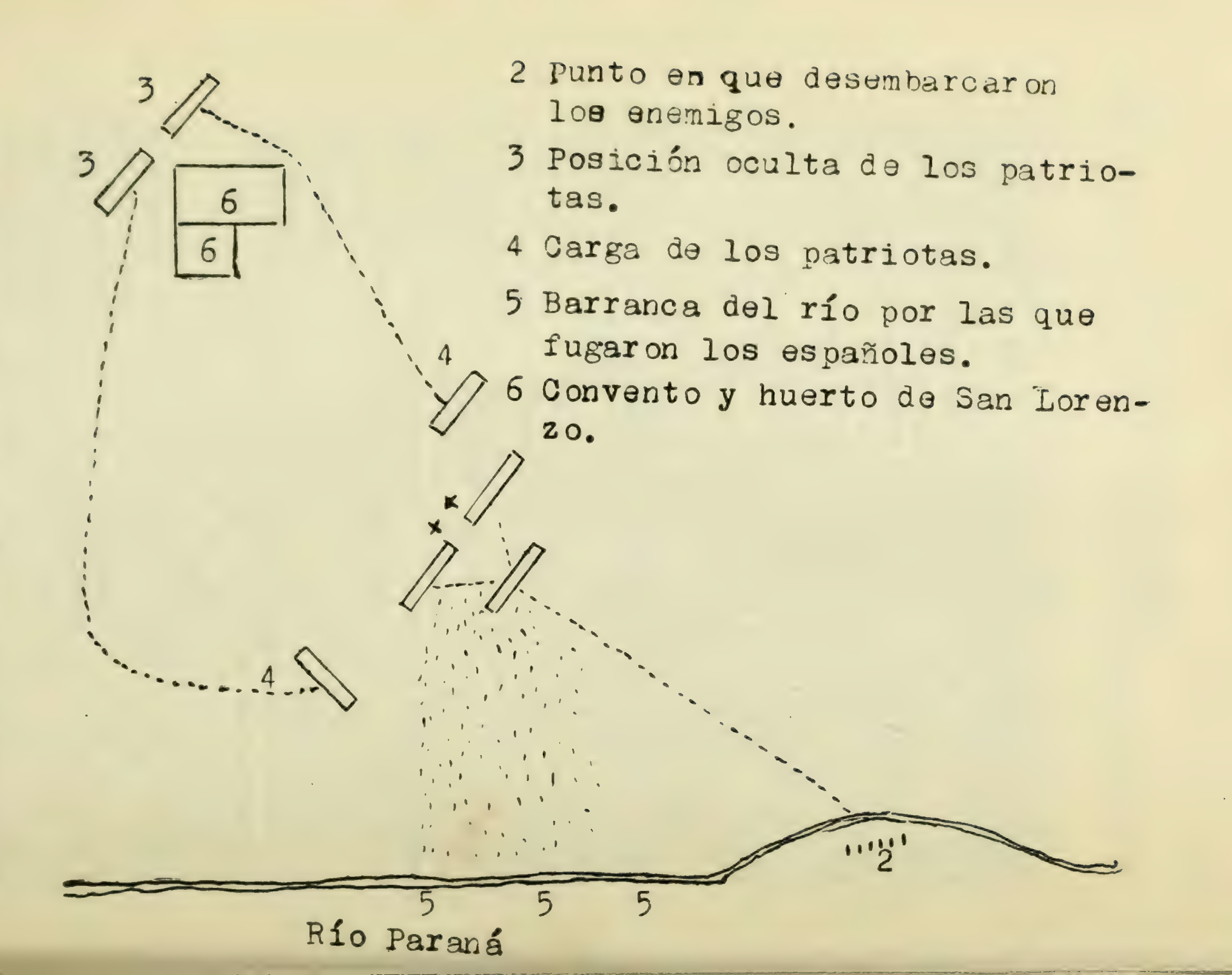
dería, bóvedas, 14 celdas y la escalera que permite el ascenso a la espadaña de tres arcos, puesto de observación de San Martín en la madrugada de 3 de febrero de 1813. Los muros de la nueva iglesia medían entonces cinco metros de altura, pero estaban terminados los lienzos de los lados sur y oeste, al igual que el refectorio, con capacidad para 80 personas, que fue transformado en hospital de sangre. En la antigua capilla, hoy sacristía, fue celebrado el tedeum al día siguiente de la victoria.

La escuela de San Carlos fue creada en 1808 por fray Manuel del Carmen Peña, quien la dirigió hasta su muerte, ocurrida en 1848, y alfabetizaba niños de uno y otro sexo, en salas separadas.

La iglesia actual, de estilo dórico, fue terminada en 1841, siendo guardián fray Pedro Cortini. La torre y el domo lo fueron en 1850. En 1857 se le agregó el retablo dorado y el espacioso coro. Un año después el convento era elevado a parroquia por el vicario apostólico, Dr. Miguel Vidal, y el gobernador de la provincia don José María Cullen enajenó —la venta fue autorizada por el Papa— a nombre del Poder Ejecutivo una superficie de 25 manzanas del terreno del convento, las que constituyeron la traza primitiva del pueblo de San Lorenzo, cuya población, en 1860, era calculada en 800 personas:

Un hecho que realza el ascendiente histórico del convento de San Carlos es la donación a las autoridades de la villa del Rosario de 6 azadas, 15 palas y 6 picos, el 23 de enero de 1812. Esas herramientas estaban destinadas a la construcción de las dos baterías junto a las cuales fue enarbolada por primera vez la bandera de la Patria.

La irradiación espiritual de esta casa religiosa a lo largo de dos centurias asevera su proceridad. Los misioneros de San Lorenzo tuvieron a su cargo las reducciones de indios en San Javier, Reconquista, Avellaneda, San Antonio de Obligado, San Jerónimo del Sauce, San Pedro, San José del Rincón y Santa Rosa de Calchines y las escuelas de San José de la Esquina y Melinkué. Por ley Nº 12.468, promulgada el 5 de octubre de 1940, fue declarada monumento nacional.



Croquis del desarrollo del combate de San Lorenzo, según los apuntes que el general San Martín le proporcionó al general Miller.

CAPITULO II

EL GLORIOSO ENSAYO DE LOS GRANADEROS

Ese famoso hecho de armas cuya trascendencia, más que de sus proporciones intrínsecas, surge de sus significativos alcances para la causa emancipadora, ha originado versiones dispares. Algunas aportaciones inéditas y la confrontación de los datos testimoniales permiten una oportuna revaloración.

El general Mitre fundamentó la descripción del combate en el lacónico parte de San Martín, las referencias de Robertson (en las que advirtió detalles inciertos), el relato del doctor Navarro, las investigaciones realizadas por Carranza y las Memorias del general Olazábal. Hace algunos años, la búsqueda en San Lorenzo de restos del soldado desconocido promovió el asesoramiento de la respetable anciana doña Bienvenida Palacios de Roldán, hija de don Nazario Palacios —nacido en 1784 y fallecido en 1882—, uno de los soldados voluntarios incorporados al escuadrón de granaderos a su paso por Rosario. Ella orientó las excavaciones con acabada precisión, mereciendo el agradecimiento de las autoridades militares encargadas de la patriótica tarea. A su fidelísima memoria, indemne a los noventa años de edad, debo interesantes referencias confrontadas en sucesivas entrevistas.

La escuadrilla española debía cumplir tres objetivos principales: interceptar toda clase de auxilios al ejército sitiador de Montevideo, interrumpir las comunicaciones con el Paraguay, inagotable fuente de recursos naturales, y practicar el arrasamiento de las poblaciones ribereñas, a la vez que aplicar el elemental principio castrense de usufructuar los recursos del enemigo.

Debido al bloqueo las tropas y provisiones destinadas al ejército patriota que operaba en la Banda Oriental sólo podían cruzar el río Paraná, según las Memorias del general Iriarte, por Cayastá, cien kilómetros al norte de la ciudad de Santa Fe, y desde allí dirigirse a Punta Gorda, hoy puerto de Diamante. Esa fue la causa por la cual el gobierno se vió forzado a desmantelar las dos baterías de Rosario con el fin de reforzar las de aquel punto.

En los días 9 y 10 de octubre de 1812 los realistas asaltaron las poblaciones de Rincón de San Pedro y San Nicolás; en la primera saquearon el convento de franciscanos y en la segunda todas las casas de comercio, de particulares y la iglesia. La predilección por el asalto a los conventos se originaba en que los religiosos disponían, por lo general, de abundantes cantidades de ganado. Con el fin de proteger las poblaciones el gobierno le encargó al entonces teniente coronel José de San Martín la vigilancia de la costa del Paraná desde Zárate hasta Santa Fe.

El 28 de enero de 1813 el director de correos le ordenó al maestro de posta de Morón presentarse en la plaza de la capital, a las 4 de la tarde, con 100 caballos "capaces de marcha" y tener en la posta otros 200 "o los más que sea posible". Y ese mismo día se cursaba una circular a todos los encargados de posta hasta Santa Fe, ordenándole a cada uno tener 250 caballos "para las tropas que iban a partir en resguardo de la Patria". El 27 de enero ya habían salido dos carretas con artillería, las que quedaron rezagadas debido a la rapidez de la marcha.

En cinco días la tropa recorrió la distancia entre la capital y San Lorenzo, marchando de noche debido a los intensos calores, la necesidad de no ser advertida por el enemigo y acomodar la marcha a la de la escuadra. En compañía del portaestandarte Angel Pacheco y disfrazado de paisano, San Martín vigilaba desde la costa los movimientos de los buques realistas.

Al tener noticias de la aproximación de la escuadra española el comandante de Rosario, don Celedonio Escalada, reunió los escasos recursos disponibles organizan-

do un escuadrón de voluntarios que luego incorporó a los granaderos. Entre ellos se encontraba Nazario Palacios. Del desempeño de los jóvenes soldados santafesinos el jefe patriota consignó en el parte de la acción palabras de encomio.

Dos días de fuertes surestadas aceleraron la navegación de la escuadra dejando a San Martín con dos jornadas de retraso. Forzando la marcha logró llegar a la posta de San Lorenzo situada a 5 Km. del convento —hace poco tiempo fueron demolidos los últimos cuartos de ese histórico lugar, en medio de la indiferencia de las autoridades y las juntas de historia—. Llegó el 2 de febrero a las 10 de la noche. Allí se encontró con Robertson y el comandante Escalada, quien lo esperaba con sus voluntarios y 200 caballos de refresco. Después de la demora originada por el cambio de cabalgaduras reanudó la marcha llegando a las proximidades del convento pasada la medianoche. Cuando se le informó que los españoles habían anclado frente a la Bajada se afirmó en él la certidumbre del próximo desembarco, por lo que resolvió pernoctar a campo raso detrás del muro de tapias que cercaba al convento por el sur y el oeste ordenando que la tropa vivaqueara sin encender fogones y desenfrenaran los caballos.

Comenzaba a amanecer cuando el jefe patriota, empuñando el catalejo y acompañado por Robertson, ascendió a la espadaña de la antigua capilla. Desde allí observó los preparativos del desembarco; y cuando las columnas enemigas en correcta formación, con dos carronadas, banda de música y bandera, comenzaron a escalar la barranca, descendió rápidamente diciéndole a Robertson:

—En dos minutos más estaremos sobre ellos, sable en mano.

¿Por dónde desembarcaron los españoles? Hacia el norte del convento, sesgando la barranca rígidamente acantilada existe una depresión del terreno que se va ensanchando a medida que se acerca al río, donde desemboca. La extensa playa en que termina la "Bajada del Tigre", como se la denominaba, les permitió a los realis-

tas la formación de las columnas antes de ascender la barranca. Me refería el R. P. fray Joaquín Duca que cuando él llegó al convento por primera vez, en 1895, esa playa aún existía; hoy ha sido totalmente cubierta por las aguas.

Cuando el convento fue trasladado desde los campos de Andino los franciscanos excavaron en la barranca, frente al mismo, una angosta bajada de escalones naturales. Por allí, pronunciada la derrota, huyó una parte de la tropa realista. Las distancias que consigna Sánchez Zinny en su biografía del general Necochea son más cortas que las actuales, a pesar de los sucesivos derrumbamientos causados por la verticalidad de la costa y la erosión de su base por el choque de las olas. Desde la Bajada del Tigre hasta el convento media una distancia de 428 metros y desde la Bajada de los Padres hasta el atrio poco más de 500. En esa reducida área se desarrolló el combate.

El historiador Carranza sostiene que los españoles subieron formando una sola columna; Mitre asegura que fueron dos. La contradicción, en mi entender, aparece aclarada en las palabras que San Martín le dirigió al capitán Bermúdez cuando ordenó el ataque: —En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos y allí daré a usted mis órdenes.

Apenas los españoles, en su marcha oblicua hacia el suroeste, se encontraban a menos de 200 metros del convento, los granaderos se lanzaron a la carga. El segundo escuadrón, al mando del capitán Bermúdez, debía atacar el ala izquierda enemiga tendiendo a cortarle la retirada, mientras el primero, al mando de San Martín, cargaba por el frente. Cada escuadrón constaba de 65 hombres; el de voluntarios quedó como reserva en el interior del convento. De acuerdo con el dispositivo adoptado, la sección mandada por San Martín resistió todo el peso del primer choque, y si bien la carga perdió la ventaja de la simultaneidad contribuyó a aumentar la confusión originada por la sorpresa e hizo imposible la formación del cuadro que intentó Zabala, permitiéndole como única ma-

niobra "ganar la barranca" según expresa en su parte de la acción. La primera carga fue llevada a "gran galope", y cuando los españoles se proponían de nuevo formar "un cuadro imperfecto", al decir de su jefe, los granaderos iniciaban la segunda acometida, más vigorosa que la primera y que tampoco fue simultánea debido a un retraso de Bermúdez, pero se produjo en el preciso momento en que San Martín rodeado de enemigo que trataban de ultimarlo pugnaba por desasirse del peso de su caballo muerto por un tarro de metalla. Y fue también en la segunda carga cuando Bermúdez recibió el balazo que le destrozó la pierna. La suerte del combate había quedado definida en un cuarto de hora.

La transcripta aseveración del jefe español coincide con lo afirmado por el general Olazábal en el sentido de que los enemigos se retiraron hasta "llegar al borde de la barranca" y el testimonio del soldado Palacios de que los mismos intentaron prolongar la resistencia formando cuadros parciales al borde de la costa. Y fue entonces cuando, según el mismo actor, San Martín reveló su genial plasticidad estratégica recurriendo a la táctica araucana de atar un lazo a la cincha de dos caballos a los que luego se desbarrancaba, rompiendo por ese medio las últimas formaciones enemigas. De no haber adoptado ese recurso, una tropa aguerrida como esa, formada en cuadro sobre la barranca acantilada de más de treinta metros de altura, lo que la dejaba a cubierto de la acción de la caballería patriota y apoyada por los cañones de la escuadra, hubiera podido prolongar el combate por tiempo indefinido.

En profusión de textos, escolares algunos, se ha difundido el desacierto de presentar a Cabral tirando de las riendas del caballo de San Martín para liberarle. Se trata de una imposibilidad de orden físico. En ese punto tanto Olazábal como Palacios facilitan la versión más aceptable. Según el primero de los nombrados, el heroico granadero "se tiró al suelo tomándole de la pierna que tenía libre"; el segundo aseguraba que Cabral "lo abrazó por la cintura, para sacarle del aprieto".

Los pormenores que sucedieron al combate revisten

en los recuerdos de Palacios capital importancia por la objetividad de las observaciones. Debido a la enconada resistencia y el sostenido fuego de los buques, San Martín pareció temer un nuevo desembarco. Lo supone por la frecuencia con que el jefe patriota ascendía al campanario. Debido a una larga sequía y el intenso calor reinante los pastos estaban resecos. Por esa causa los cañonazos provocaban grandes incendios en el pajonal del campo, dificultando la tarea de recoger los heridos. Ya por la tarde el hedor de los cadáveres era insoportable y se ordenó a los soldados voluntarios la excavación de una larga zanja destinada a sepultarlos. Para ello, se les arrastraba a la cincha de los caballos, tal era el estado de descomposición. Como la excavación sólo tenía medio metro de profundidad, la tierra que cubría los cuerpos hinchados sobrepasaba la superficie. El refectorio y las celdas estaban llenas de heridos y ese hecho acredita la veracidad tradicional del venerado pino del convento. Desde allí hasta la capilla cerraba el patio una larga pared de tapia con la única abertura de una pequeña puerta que permitía el acceso a la torre. De la lectura del parte del combate se infiere que debió ser redactado al promediar la tarde. Cuando el comandante Zavala fue a solicitar personalmente víveres para la tropa y medicamentos para los heridos, se retiró del convento "pasada la siesta". Y no es ilógico el suponer que la necesidad de alejarse del clamor de los heridos alojados en el refectorio y protegerse de los rayos del sol canicular hayan llevado a San Martín hasta ese sitio desde donde podía comunicarse directamente con la torre. Acredita la perduración fehaciente de esa referencia la circunstancia de que el guardián del convento ese día, fray Pedro García, permaneció allí hasta su muerte, ocurrida en 1822, cuando ya el jefe de los granaderos era el libertador de tres naciones.

La hija del granadero voluntario de San Lorenzo doña Bienvenida Palacios de Roldán murió a los 94 años de edad, disfrutando de una pensión de ¡14 pesos mensuales!

El día del combate había en el convento 17 sacerdotes, todos españoles con la única excepción de fray Juan

Ramón de Cárdenas, natural de Tacna.

El detalle de la acción fue dado a conocer en boletín extraordinario de La Gaceta, el 5 de febrero. ¡En poco más de un día llegó el chasque desde San Lorenzo hasta Buenos Aires!

A pesar de los empeños de San Martín ante el gobierno, en favor de los "virtuosos franciscanos" éstos quedaron confinados en el olvido. Respondiendo a una solicitud del curato de Rosario, el guardián fray Francisco Viana le informaba al gobernador Echagüe el 29 de diciembre de 1826 que sólo habían quedado cuatro sacerdotes, de los cuales únicamente dos podían cumplir sus deberes; los otros, el padre Montero contaba 86 años de edad y el padre Martín había perdido la vista...

A su regreso a Buenos Aires, San Martín dejó en San Lorenzo al alférez Angel Pacheco con 40 soldados a los fines de cuidar a los heridos y vigilar esos parajes.

CAPITULO III

ROSARIO Y SAN LORENZO COMO PROMOTORES DE PROGRESO Y CIVILIZACION. LA FIRMA DEL ARMISTICIO DE 1819. EL DOBLE COMBATE DEL QUEBRACHO. LA FUNDACION DEL PUEBLO

En 1689 don Luis Romero de Pineda obtenía por merced real una suerte de tierras sobre la margen derecha del Paraná. Dicho campo limitaba con el pago de la Matanza (hoy Arroyo Seco), y el actual arroyo Ludueña, entonces denominado de Salinas, por el norte. En virtud de derecho hereditario esas tierras pasaron a poder de doña Juana Romero de Pineda, y posteriormente a sus hijos, los Gómez Recio. En el centro de la posesión secular iba a ser fundada la reducción, capilla y villa del Rosario, cuna de la bandera nacional. Y en el campo colindante, sobre la barranca del río Paraná, de propiedad de don Félix Aldao, el convento de San Carlos. A partir del siglo XVIII, Rosario promovió la fundación de todas las poblaciones del sur santafesino; y San Lorenzo, con su ilustre convento, se convirtió en un centro de acción civilizadora para todo el litoral. ¡Qué singular destino el de ambos pueblos!

Pero a pesar del ascendiente logrado por los franciscanos en oportunidad del combate de San Lorenzo y la significación social de las misiones el convento no tuvo nunca la menor ayuda de los gobiernos que recurrían a él cuando era necesario alfabetizar y adoctrinar las tribus agrupadas en reducciones, en medio de las hirsutas breñas del norte inhóspito y salvaje: Cayastá, el Sauce, San Javier, Cayastacito, Santa Rosa de Calchines, San José del Rincón, San Jerónimo del Rey... Defendieron el

aborigen de la prepotencia abusadora del hombre blanco, moralizaron sus costumbres, les inculcaron hábitos de trabajo y hasta intentaron fundar colonias con indígenas. El 4 de junio de 1856, desde Santa Rosa de Calchines, fray José Ma. Zanotti dirigió a la Sala de Representantes una extensa comunicación pidiendo que a los indios les dieran tierras, al igual que a los inmigrantes. "Si a los extranjeros —decía— que pueblan los campos les dan chacras y cómo trabajar, ¿por qué no nos las dan a nosotros? Con ello se promovería la fundación de pueblos".

La proverbial hospitalidad de los franciscanos del convento de San Carlos suscitó la viva impresión de los viajeros que se acogieron a élla. Las celdas, el huerto, los jardines y el refectorio abríanse generosamente a la percusión de los pesados aldabones... Williams Mac Cann, que visitó ese lugar en 1847, refiere que constaba de unos cincuenta ranchos.

El general Estanislao López, que en su niñez fue alumno de la escuela de esa orden, en Santa Fe, demostró la persistente consideración que le guardaba al elegir el convento de San Lorenzo para la firma del armisticio convenido con los delegados del ejército de Buenos Aires que había invadido la provincia a las órdenes de Belgrano, el 5 de abril de 1819. Y volvió a preferirlo para sede de las negociaciones estipuladas en el tratado de Pilar, en 1820, las que se vieron impedidas por el egoísmo centralizador de los hombres de Buenos Aires.

Producida la memorable batalla de Obligado, en la que después de encarnizada lucha y sufrir grandes pérdidas, la escuadra anglo-francesa continuaba remontando el Paraná, el intrépido general Lucio Mansilla, apenas curado de sus heridas, tendió una línea fortificada desde el convento de San Lorenzo hasta las puntas del Quebracho, aprovechando las sinuosidades de la barranca y la hirsuta vegetación que la bordea. Disponía de 8 cañones, 250 carabineros y 100 soldados de infantería traídos de San Pedro y San Nicolás. El 16 de enero de 1846 apareció a la distancia la escuadra enemiga. Mansilla ordenó que todos sus soldados permanecieran tendidos en el suelo sin rea-

lizar ningún movimiento ni hostilidad hasta recibir órdenes. Serían las 11 de la mañana cuando aparecieron el vapor Gorgon, la corbeta Expeditive, los bergantines Dolphin, King y 2 goletas más; detrás venían 6 buques de guerra con 37 cañones de grueso calibre convoyando una flota de 52 buques mercantes.

Cuando vio Mansilla que todo el convoy se encontraba en la parte angosta del río, más arriba de San Lorenzo, dio la señal de ataque. Los soldados coronaron la barranca. Un vivísimo fuego de fusil y nutrido cañoneo introdujo la confusión entre los enemigos. Los buques mercantes, chocando entre ellos, rumbeaban desmantelados hacia los arroyos próximos, bajo el certero fuego de las baterías de tierra mandadas por el mayor José Cereso y las capitanes Santiago Maurice y Alvaro de Alzugaray. Mientras más avanzaba la escuadra hacia el Quebracho a costa de cuantiosas pérdidas más daños les causaban las baterías de Mansilla. Se combatió hasta la puesta del sol. Por la noche se desencadenó una terrible tormenta y llovió copiosamente. Las bajas de las tropas argentinas fueron escasas debido a las posiciones que ocupaban.

El 16 de febrero del mismo año, el general Mansilla mandó a San Lorenzo al comandante Juan B. Thorne para que, de acuerdo con el juez de paz D. Juan Manuel Alcácer preparase nuevas fortificaciones para atacar de nuevo la maltrecha escuadra enemiga cuando regresara de Corrientes. Thorne escalonó tiradores, 8 cañones, fuerzas montadas y 1.000 soldados de infantería.

El 4 de junio el convoy anglo-francés enfrentó a la posición del Quebracho con 95 buques mercantes y 12 de guerra con un total de 85 cañones de calibre 24 hasta 80, más una batería de cohetes a la congréve que habían colocado la noche anterior en un islote hacia la margen izquierda del río, frente a las posiciones federales. El total de tropas al mando de Mansilla se componía de 17 cañones, 600 infantes y 150 carabineros. A la derecha, una batería y piquetes del batallón San Nicolás y Patricios, de Buenos Aires, al mando del teniente coronel Virto; en el

centro 2 baterías de 8 cañones y 2 compañías mandadas por Thorne y a la izquierda otra batería y el regimiento Santa Coloma al mando de este jefe. En la reserva, 200 soldados de infantería, 2 escuadrones de lanceros y la escolta del general en jefe. El combate comenzó a las 11 del día. Las baterías argentinas causaron grandes estragos en la flota enemiga. Algunos buques mercantes que intentaron huir quedaron varados; otros se despedazaban al chocar entre ellos. A la una de la tarde el enemigo aún no había logrado escapar del mortífero fuego de las baterías de Thorne. Viendo que varios buques corrían peligro de hundirse, cinco naves de guerra intentaron retroceder para salvarlos; pero al cabo de una hora de encarnizado combate, notando el riesgo que corrían optaron por incendiar o abandonar las naves encalladas, bajando precipitadamente el río siendo perseguidas con artillería volante.

Los anglo-franceses perdieron un buque de guerra, tres goletas y un pailebot cargado con cueros, yerba y tabaco, cuya valor ascendía a 100.000 duros. Los buques de guerra que intervinieron en el combate fueron: el Firebrand, Gorgon, Alect, Lizard, Harpy, Gazendi y Fulton y las goletas Dolphin, Procida y los bergantines San Martín, Fanny y la corbeta Coquette.

Como en 1813, cuando los granaderos a caballo escarmentaron a los españoles en sus depredatorias incursiones, en 1846 la escuadra anglo-francesa no se atrevió más a desafiar la intrepidez de aquellos soldados gauchos que en el tronco de cada árbol, o en la concavidad de cada zanja se aferraban al suelo nativo para defenderlo.

CAPITULO IV

ANTECEDENTES DEL LUGAR. LA FUNDACION DE SAN LORENZO. SU EVOLUCION

Como todo lo que viene desde el coloniaje, el origen de la denominación del "pago de Don Lorenzo" se diluye en tradiciones o leyendas. La referencia más antigua aparece en las actas del cabildo de Santa Fe correspondientes a 1656, cediendo a Don Martín de Vera y Aragón una merced de tierras en la "Bajada de San Lorenzo". Según el historiador Dr. Manuel Cervera el beneficiario pobló allí y luego compró otra merced que el gobernador Dávila le había acordado en 1633 a don Pedro de Navarrete y Cabrera. Años después Vera se trasladó al Perú donde desempeñó el cargo de juez de la Real Audiencia de La Plata; dejó sus bienes a cargo de un empleado y a su regreso, después de 7 años, comprobó que toda su fortuna había desaparecido. A manera de resarcimiento consiguió que le acordaran derechos de posesión sobre todo el ganado cimarrón existente entre Ramallo y el Carcarañá hasta Mendoza. Cuando murió, su hijo Pedro de Vera vendió esa acción de ganados a Pineda, en Buenos Aires, el año 1677. Un año después el comprador consiguió del cabildo santafesino el reconocimiento de esos derechos.

En cuanto a las propiedades de los jesuítas que a raíz de la expulsión de la Orden fueron transferidas a la Junta de Temporalidades, comprendían un campo que partía desde la costa del Paraná y el arroyo Ludueña y se prolongaba hacia el norte por la costa del Carcarañá, hasta Cruz Alta. Para señalar ese límite fue utilizado a manera de mojón una elevada cruz cuya base estaba empotra-

da en el buje de una rueda de carreta, y de la cual tomó el nombre la población fundada por José Ma. de Anglés en 1726. Las deslindes de ese campo fueron practicados recién en 1855 por los agrimensores Bustinza y Blyth.

Ese terreno de las Temporalidades había sido denunciado en compra por don Manuel Ignacio Diez de Andino, el 1º de mayo de 1790; y el 20 del mismo mes se presentó don Félix Aldao con análoga proposición. En octubre de 1796 don Juan de Pereda y Morante intentó deducir derechos de propiedad sobre esos campos arguyendo que pertenecían a una superficie comprada por él a los herederos de don Juan José Caminos, el 27 de noviembre de 1769.

La Villa de San Lorenzo fue fundada en el campo que don Juan Francisco Aldao compró a la Junta de Temporalidades, el que constaba de 6.000 varas castellanas de frente al este, sobre el río Paraná, y 2 leguas de fondo, lindando al norte con el arroyo de San Lorenzo y al sur con terrenos del fisco. Esa operación fue realizada en 1775.

La escritura de cesión en favor de la orden franciscana fue formalizada el 22 de noviembre de 1790 ante el síndico de la comunidad, don Mateo Fernández, en Rosario, y expresa lo siguiente: "Don Félix Aldao dona a la " Silla Apostólica el dominio y propiedad y a los misione- " ros franciscanos del Colegio de San Carlos, situado en la " costa del río Carcarañá, de la misma jurisdicción, en " cuanto al simple uso natural, mil y quinientas varas " castellanas de frente al Este sobre el río Paraná con el " fondo que tiene el Oeste, una fracción con lo demás ha- " bido de mi Padre y linda por el Norte con más terrenos " míos, lo mismo que por el Sur; y por el Oeste con don "Manuel Ignacio Diez de Andino".

En carta del 28 de mayo de 1815 el entonces guardián fray Francisco Viana le hizo presente a don Félix Aldao que con motivo de una mensura que se estaba realizando en los terrenos del convento, se encontró un terreno sobrante dentro de los mojones del sur y el norte, entre las propiedades de don Mateo Fernández y don Pedro Luján; y le preguntaba si su intención había sido la de donar

también al convento ese terreno. Aldao le contestó afirmativamente.

Un padrón datado al año siguiente no consigna para San Lorenzo otra población que la del convento, reducida a 10 religiosos, 11 legos, 12 peones y 1 capataz; estos últimos debieron ser los obreros albañiles ocupados en la edificación del ala derecha del templo, terminada recién en 1835. Atendiendo a una propuesta del comandante de Rosario, don Francisco Carbonell ese departamento fue dividido en 14 jurisdicciones, creándose para cada una el cargo de comisario. De ese modo, a partir de 1833, San Lorenzo fue una de éllas.

En 1842 el coronel Vicente González estableció una guarnición destinada a interceptar las comunicaciones entre Juan Pablo López, quien intentaba establecer contacto con los indios ranqueles de Painé, Baigorria y Pichún para invadir Santa Fe desde Entre Ríos. La población experimentó con ese motivo un pequeño aumento pero sin exceder las características de un ranchería desperdigado. En 1846 fue reemplazado por el coronel Santa Coloma, el que extendió la vigilancia hasta el Quebracho, mientras el grueso del ejército, al mando del general Angel Pacheco, estaba establecido en Maciel, donde logró desbaratar una operación combinada de López y los indios.

Un año después visitaba el convento el viajero inglés William Mac Cann y calculó en una docena los franciscanos residentes. Se le dijo que la población había experimentado poco progreso debido a las guerras y la falta de simpatías entre el vecindario y los religiosos.

El censo de 1858 le asignaba a San Lorenzo 1.359 habitantes y 1.367 el de 1869. El de 1887 le daba un total de 1.862. Como se advierte, en 29 años sólo había aumentado 503 habitantes.

El gestor del progreso de San Lorenzo fue don Nicasio Oroño. Desde Rosario, donde desempeñaba el cargo de jefe político, el gran civilizador promovió el adelanto de todo el sur santafesino. En 1855 constituyó una comisión de vecinos encargada de vender todos los terrenos del Es-

tado y gestionó la designación del primer juez de paz, que fue don Bernardo Arana.

Con anterioridad, el 31 de diciembre de 1854, había regresado de Europa un grupo de franciscanos. Respondiendo al pedido del gobernador don Domingo Crespo obtuvieron del Papa la transferencia de los terrenos del convento de San Carlos con miras a la fundación de un pueblo. El rescripto papal, firmado el 30 de abril de 1854 le permitía al gobierno provincial la ocupación del terreno necesario para los fines expresados, previa intervención del síndico del Convento.

Los terrenos que el Estado poseía en San Lorenzo, ocupados por la plaza y el cuartel, ya habían sido vendidos por la comisión de vecinos. Así informaba el 26 de octubre de 1855 el receptor de rentas de Rosario, don Ramón Ferreyra.

El 18 de junio de 1856 el guardián del convento, fray Daniel Cingolani, accediendo a un pedido del gobernador Cullen, cedió a la provincia otras tres manzanas de terreno para edificar un templo y oficinas públicas, las que serían pagadas en la medida que los recursos fiscales lo permitieran.

El 11 de diciembre de 1856 el jefe político de Rosario don Jacinto Corvalán se trasladó a San Lorenzo en compañía del agrimensor Julián de Bustinza con el fin de elegir el sitio más conveniente para la fundación, ocupando el área de las nueve manzanas cedidas por la autoridad papal. Se acordó ajustar el trazado a la orientación del convento, es decir, de norte a sur. Y para no originar perjuicios a los propietarios el plano sufrió un desplazamiento de 22 varas hacia el oeste, siendo amojonadas las manzanas de 134 varas, separadas por calles de 16.

La comisión de vecinos consideró justificadas las exigencias del síndico: efectuar la tasación del valor de los terrenos con cargo para el gobierno de reintegrar a la congregación, en el tiempo y forma que el erario lo permitiera, el importe de las ventas. Argumentaba que los magros recursos de que disponían los abnegados religiosos les resultaban insuficientes para la realización de la ardua

labor misional que comprendía la alfabetización y el adoctrinamiento en las provincias de Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires desde San Pedro hasta San Nicolás. Por ese tiempo el convento contaba con treinta franciscanos.

Como resultado de un mensaje presentado por el gobernador don José Ma. Cullen, la legislatura sancionó una ley el 16 de junio de 1856 por la cual facultaba al poder ejecutivo a disponer de la suma necesaria para delinear y formar el pueblo de San Lorenzo; y diez días después disponía la creación de una escuela de niñas, fijando el sueldo de la preceptora en 15 pesos mensuales y 25 para alquiler del local.

La colonia progresaba aceleradamente. El 3 de octubre de 1858, treinta y siete "vecinos labradores" se dirigían al gobernador solicitando la cesión de más terrenos. Sólo disponían de los que treinta años antes les adjudicó el general Estanislao López y que sumaban una legua cuadrada. Los firmantes del petitorio se apellidaban Báez, Araya, Peralta, Medina, Rodrigáñez, Ponce, Ferreyra, Arostegui, Godoy, Acevedo, etcétera. Como se ve, todos los agricultores eran nativos. Una ley del 27 de agosto de 1862 le daba la jerarquía de "cabeza de partido".

En 1790 don Félix Aldao había intentado comprar a la Junta de Temporalidades un terreno de 900 varas correspondiente al conmedio del campo de una legua de ancho frente a la Bajada de San Lorenzo. El defensor de la Junta valoró el terreno en 112 pesos y 4 reales. La operación fracasó, subsistiendo el carácter patriolengo de la propiedad. El gobernador don Nicasio Oroño, atendiendo al pedido de los agricultores sanlorencinos dispuso por decreto, el 11 de mayo de 1867, la división de esas tierras en suertes de chacras que repartió entre los peticionantes. Con ello la colonia logró un impulso inesperado.

Al otorgamiento de "mercedes de tierras" a los conquistadores sucedió el apropiamiento de enormes extensiones de campos. Bastaba para ello el "derecho de herencia" reconocido por las autoridades coloniales hasta para el ganado cimarrón, o el simple desempeño de alguna función

pública. Ese abuso continuó con los comandantes de campaña.

Don Juan de Pereda y Morante fue nombrado en 1779 alcalde de Rosario y reelecto hasta 1789. Con ello obtuvo una concesión de tierras sobre el arroyo del Medio, donde hoy subsiste el "Oratorio de Morante". En 1809 recibió la designación de juez pedáneo para "San Lorenzo y Desmochados". En 1869 don José de Caminos denunció como tierras fiscales un campo de 8 leguas cuadradas a partir de las lagunas de Cardozo (nacientes del arroyo del Medio). Las sucesivas tramitaciones demostraron que ese campo había estado en poder de Pereda y Morante, quien lo transfirió por venta a don Domindo Palacios y éste, a su vez, lo vendió a Domingo Iramain. ¡El campo seguía siendo fiscal pero fue vendido dos veces!

CAPITULO V

EL DESENVOLVIMIENTO DE LA NUEVA POBLACION

Con el fin de colaborar con las guarniciones estacionadas en Guardia de la Esquina y Melinkué en la cruenta contención de las invasiones de indios fue creado el regimiento Nº 3 de guardias nacionales al mando del comandante don Pedro M. Araya. Lo componían vecinos de Rosario, el Sauce y el Desmochado y tuvo su asiento en San Lorenzo. Poco tiempo después, a raíz de una tentativa de sublevación contra las autoridades de Rosario, Araya fue subrogado por el teniente coronel Angel Caballero.

El 6 de febrero fue creada la municipalidad y el 23 de marzo el receptor de hacienda de Rosario, don Melitón Carbonell, remitió al gobierno una nómina de los edificios existentes en San Lorenzo: 3 casas de tapia pertenecientes a Lázaro Riquelme, Domingo Cordiviola y Domingo Daneri, valuadas cada en 1.500 pesos; y en 1.000 las de Ventura Palacios, Tiburcio Sánchez, Luis Cutura, Bernardo Lagomarsino y Pedro Peralta.

Indudablemente el progreso de la villa se veía restringido por la proximidad de Rosario. Su puerto poco significaba; solamente la agricultura promovía el escaso comercio local. El 28 de mayo de 1866 veintiocho comerciantes se dirigían al gobierno exponiéndole que el pueblo "contemplaba aterrado una espantosa crisis comercial" a consecuencia de los vendedores ambulantes que circulaban por la campaña vendiendo artículos en la "puerta de las casas" y poniendo a los negocios urbanos al borde de la quiebra. La reclamación distaba de ser in-

fundada. Los gobiernos de Buenos Aires y Entre Ríos habían prohibido esa clase de tráfico y el de Santa Fe adoptó análoga medida con los que afluían al puerto de Las Piedras, por lo cual los "mercachifles" se desplazaban hacia la parte del Carcarañá. En 1865 Thomas J. Hutchison calculaba entre 40 y 50 casas la edificación de San Lorenzo.

A solicitud de los vecinos, el 10 de agosto de 1860 se realizó la primera elección de miembros de la junta municipal. Votaron 56 electores siendo elegidos Mariano López, Eugenio Llaguno y Domingo Cordiviola.

El 22 de mayo del mismo año el juez de paz, don Manuel Medina, informaba al gobierno que el preceptor de la escuela se había excedido en la admisión de alumnos, mereciendo la nota la providencia siguiente: "Contéstese que toda escuela pública debe recibir cuantos alumnos soliciten inscripción mientras su moralidad los haga dignos y el local lo permita".

Cuando Oroño, en 1863, abandonó la jefatura de Rosario, elevó al gobierno una memoria destacando el desarrollo de la agricultura en San Lorenzo y Villa Constitución. Según Hutchinson, en 1858, la aduana de Rosario registró la exportación de un millón y medio de sandías para los mercados de Buenos Aires y Montevideo. Por ese entonces se le acordó a la municipalidad sanlorencina una parte de las rentas de contribución directa para el mejoramiento de la salubridad pública y "ornato de la población".

El 11 de abril de 1867 don Nicolás Sotomayor ofrecía al gobierno "para el progreso de este hermoso pueblo" delinear a su costa la gran calle que uniera el puente Ludueña con las vías del f. c. con un ancho de 50 varas. El ofrecimiento le fue aceptado.

La logia masónica "Amigos de los Náufragos" (Amie des Naufrages), con sede en Buenos Aires, le sometió al gobierno la iniciativa de transformar el convento en colegio agrícola, agregando contar con la opinión favorable de los "ilustres ciudadanos" Vélez Sarfield, Roque Pérez y M. Gutiérrez. Entre tanto las autoridades provinciales

tenían que donar 2.000 pesos para terminar el cementerio: ¡tal era la pobreza de San Lorenzo!

La municipalidad estaba acéfala y el comercio se paralizaba gradualmente. Había alcanzado tal extremo la inseguridad de los pobladores que el juez de paz, don José Otero, pedía sables y carabinas para el sargento y los 4 soldados de ese partido, agregando que se carecía de toda clase de armas.

Merece ser destacada empero la capacidad administrativa y la honestidad de las autoridades municipales. Un balance del cuatrienio 1863/66 detalla un ingreso total de 2.275 pesos y gastos que totalizaban 2.082; ese cuerpo tenía que pagar el alquiler de casa para la escuela, subvencionar con 10 pesos mensuales al maestro debido a la exigüidad del sueldo y proveer de útiles a los niños pobres...

Hasta 1867 el cementerio no había sido habilitado y la población exteriorizaba su alarma por "la mucha aglomeración de cadáveres en el cementerio de los padres, situado en medio de la villa".

En 1867 el registro cívico llegó a 551 inscriptos; ese mismo año Nicasio Oroño creó una nueva escuela en el barrio norte.

El 10 de noviembre del año anterior el agrimensor Marcelo Grondona practicó una minuciosa medición estableciendo los derechos de propiedad de los terrenos, sus poseedores, propietarios o simples ocupantes. Se trata de una labor exhaustiva debido a la precariedad de ciertos títulos, la antigüedad de las ocupaciones y la complejidad de las sucesivas traslaciones de dominio.

El 16 de febrero de 1886 el vecino de Rosario don Marcelino Campanella le propuso al gobierno el establecimiento de una diligencia desde esa ciudad hasta San Lorenzo, la que saldría diariamente a las 7 de la mañana, regresando a las 3 de la tarde, agregando un viaje semanal hasta Coronda, comprometiéndose a llevar gratuitamente la correspondencia oficial. La diligencia constaría de 8 asientos y 2 en el pescante; cada pasajero pagaría 1 peso fuerte hasta San Lorenzo y 5 hasta Coronda, pu-

diendo llevar 25 libras de equipaje. La propuesta fue aceptada por el gobierno, acordándole al empresario una subvención de 50 pesos mensuales.

La pobreza de la población se patentiza en el hecho de que el corral de abasto apenas produc'a un promedio de 40 pesos mensuales.

El 10 de mayo de 1856 el jefe pol'tico de Rosario, don Domingo Palacios elevaba al gobierno un informe acerca de la concurrencia escolar. Funcionaban en dicha ciudad 2 escuelas municipales y 18 particulares, con un total de 460 alumnos; en San Lorenzo 2 fiscales y 2 particulares, con 150; en Villa Constitución, 2 particulares, con 28; en Guardia de la Esquina, 1, con 14; en el Sauce, 1 fiscal con 34 y en Arroyo Seco, 1 con 29.

La monótona quietud de la vida lugareña registraba a veces sucesos no exentos de comicidad. El 28 de mayo de 1866 el boticario local, don A. S. establecido allí desde hacía varios años, denunciaba al gobernador que algunos negocios y casas de familia vendían remedios; que a pesar de que él socorría gratuitamente a los enfermos pobres —así se lo imponía un sagrado deber de humanidad— no podía tolerar que "gente sin la más leve noticia sobre elementos químicos vendieran cualquier clase de remedios". Y agregaba "¿Quién sin conocimientos puede distinguir una sal de un arsénico? En cualquier momento puede ocurrir una desgracia". El gobierno desvió el asunto a la municipalidad local cuyo presidente informó que lo expuesto por el boticario era verídico; pero que en un careo de aquél con dos personas a quienes había acusado, éstos le volvieron la oración por pasiva exigiéndole que él a su vez presentara el diploma, a lo que tuvo que contestar que tampoco lo tenía...

Tampoco escaseaban las horas de zozobras. Las incursiones de indios y las tropelías de desertores y gauchos alzados eran frecuentes. Un informe del jefe político de Rosario, don Aarón Castellanos, cinco días después de la batalla de Pavón, impresiona por su dramático verismo. Las tropas desbandadas, en inenarrables escenas de pillaje y saqueo, arrasaban las poblaciones ya castiga-

das por las continuas guerras civiles. Habían sido transportados a dicha ciudad más de 400 heridos sin que se dispusiera de una cama. Fue menester habilitar con recursos primitivos cinco hospitales. El vecindario, exhausto de pobreza, puso todo cuanto tenía, en un relevante gesto de solidaridad humana.

CAPITULO VI

COLABORACION DEL VECINDARIO EN LA REPOBLACION DE GUARDIA DE LA ESQUINA. CRECIMIENTO DEMOGRAFICO. LOS INDIOS. LA GUERRA CIVIL. PRINCIPIO DEL PROGRESO ACTUAL

Resulta emocionante el comprobar a través de esta indagación retrospectiva la profunda solidaridad que vinculaba a los pobladores de distantes sectores de la campaña, Repitiendo el ejemplo de Rosario, también San Lorenzo contribuyó a la repoblación de Guardia de la Esquina. No obstante su incipiente desarrollo estuvo distante de mostrarse remiso. El 26 de febrero de 1866 el comandante Juan de Dios Rodrigáñez remitió al gobierno una nómina de los vecinos donantes y la relación y el monto suscrito en favor del nuevo pueblo. El subsidio era modestísimo y en ello finca su significación. Entre cinco comerciantes reunieron 119 pesos y un grupo de colonos aportó 45 animales vacunos... ¿No es esto, en verdad, conmovedor?

El convento de San Carlos tampoco se mostró renuente. La primera escuela de varones que funcionó en San José de la Esquina fue fundada por la orden franciscana. Aún puede observarse en el actual colegio de N. S. de los Angeles el ruinoso salón en donde fray Marcelo Venanzetti adoctrinaba y alfabetizaba. Ubicado en la parte superior de una de las suaves lomadas sobre las que se asentó la nueva población, tenía abierta hacia la soledad de la pampa una pequeña ventana sin batientes, a la altura de una persona en pie, lo que permitía al abnegado religioso otear entre las inciertas tolvaneras lejanas el siniestro preanuncio del malón. Y hasta se conserva en aquel pueblo la conseja de que la pequeña campa-

na que a diario movilizaba los grupos de rapaces fue la misma que prorrumpió en alaridos de bronce propagando hasta distantes lejanías el júbilo que siguió al combate de San Lorenzo.

En agosto de 1866, estimulado por el apoyo gubernativo, Campanella extendió el servicio de mensajería hasta la ciudad de Santa Fe. La galera realizaba un viaje cada jueves, partiendo desde Rosario a la salida del sol y regresando el sábado siguiente a las 10 de la mañana.

La guerra del Paraguay paralizó el crecimiento del antiguo pueblo cuyo comercio se tornaba poco a poco subsidiario del tráfico rosarino. La escasez documental de esa época deja la persuación de un estancamiento casi absoluto. Las obras de edificación quedaron paralizadas. En 1866 el vecino Vicente Silva se dirigía al gobernador solicitándole la integración de la junta municipal, acéfala desde hacía dos años. El censo de 1869 registraba los datos siguientes: 144 casas de azotea, 3 de madera y 423 de paja; total, 570 viviendas. La población era de 692 mujeres y 675 varones.

Desde cuatro años atrás el jefe de policía de Rosario informaba acerca del dislocamiento comercial, lo que atribuía al desaliento motivado por las reiteradas invasiones de indios. "No hay seguridad —expresaba— que las mercaderías o capitales que se despachan o vienen del interior lleguen a destino o sean robados por los indios". Coincidiendo con la información transcripta, el comandante de Guardia de la Esquina declaraba el 22 de noviembre del mismo año que sólo disponía de una fuerza de 60 hombres, sin vestuario ni casa donde vivir, con la ración muy escasa y el armamento escaso e inutilizable, además de tener los sueldos impagos desde junio". En San Lorenzo sólo había 60 guardias nacionales, al mando del teniente coronel Angel Caballero. Era tan escasa la percepción de rentas municipales que el gobierno se vió en el deber de reintegrar una parte de la recaudación por contribución directa para mejoramiento de la salubridad y ornato de la población.

El 23 de abril de 1867 una invasión de 800 indios man-

dados por Coliqueo y Calfucurá asaltaron la estancia del mariscal Santa Cruz en Las Sepulturas, llevando toda la hacienda vacuna, caballar y lanar, matando a cinco vecinos y arrebatando 12 cautivos.

Pero ni la barbarie ni la crisis económica paralizaban la acción civilizadora del gobernador Oroño. En 1867 creó en el barrio norte de San Lorenzo una nueva escuela de niñas. Y a propuesta del jefe político de Rosario, el gobierno compró con destino a otro local escolar un edificio que hasta entonces había pertenecido al convento.

El total de ciudadanos inscriptos en el registro cívico nacional alcanzaba a 551.

Por ese tiempo se hicieron sentir los efectos de la terrible epidemia del cólera. San Lorenzo fué singularmente castigado. El médico rosarino Juan B. Arengo atendió hasta un total de 151 enfermos, de los cuales murieron más de 70. "He servido como médico, boticario y enfermero" escribía el facultativo, quien tuvo que permanecer dos meses en ese pueblo.

La propagación de la epidemia coincidió con un prolongado período de sequía. En los campos la hacienda moría por centenares. El valuador de la contribución directa no podía salir a recorrer la campaña por falta de caballo.

Frente a esa situación ciertamente angustiosa la municipalidad solicitó del gobierno, el 3 de abril de 1869, una ayuda de 1.500 pesos para tratar de convertir la Bajada en un pequeño puerto, ya que el otro quedaba a una legua hacia el norte y necesitábase un servicio de vapor hasta Rosario. Además, como resultado del terror que había dejado el cólera, el vecindario exigía el cercado de la plaza, el traslado del corral de abasto, la adquisición de un carro para recoger la basura y el desecamiento de una laguna existente en pleno centro de la población.

A partir de 1869 el progreso pareció acelerar su ritmo. Fue instalada la oficina telegráfica, la escuela de varones alcanzó a tener 70 alumnos y según informaba el juez de paz llegaría al centenar si se dispusiera de bancos. Había 60 casas de azotea, 150 con techo pajizo y la

población era calculada en 2.000 habitantes sin contar las de los suburbios y chacras. La avaricia de los propietarios que acaparaban los terrenos urbanos constreñía el desarrollo de la edificación.

Contrastaba, en cambio, con ese mejoramiento, la autoridad pública. La fuerza policial constaba de un sargento y cuatro soldados; el juzgado tenía un escribiente cuyo sueldo era de 12 pesos.

A raíz de la revolución de Entre Ríos, el 11 de julio de 1870 una fuerza jordanista de 200 hombres al mando del coronel Simón Luengo desembarcó en el Quebracho, invadiendo luego las chacras de los alrededores. Al ser rechazados por guardias nacionales se pusieron en fuga hacia la pampa. Temiendo otros desembarcos se dispuso que el coronel Matías Barrera, con el regimiento de guardias nacionales a su mando se situara entre el Quebracho y el Rincón de Grondona.

Como resultado de una reclamación del cónsul italiano de Rosario contra el juez de paz, don Ramón Araya, por haber puesto en el cepo colombiano al connacional de aquél, José Bianchi, enfermo y débil, el juez fue exonerado el 16 de mayo de 1871.

El coronel Luengo había sido el jefe de la partida que asaltó el palacio de San José el 11 de junio de 1870 y mató al general Urquiza. Desde San Lorenzo se dirigió a la provincia de Córdoba. Allí reapareció como caudillo y hombre de acción, poco tiempo después. Aliado de los indios, participó de algunos malones que arrasaron los campos del sur de Santa Fe. Tenía una audacia y coraje ciertamente extraordinarios.

El inspector de tierras y colonias, don Jonás Larguía, en su informe de 1872 destacaba la valorización de las tierras cercanas a Rosario y las del sur de la provincia. "Hace cinco años —expresaba— los campos para colonizar se vendían a 2.000 pesos la legua; ahora valen de 40.000 a 48.000 pesos fuertes".

El 1 °de noviembre de 1871 la municipalidad recibió provisionalmente el puente de hierro construído sobre el río Carcarañá con fondos del gobierno nacional, el que la

facultaba para cobrar un reducido peaje. Se resolvió denominarlo "Puente General San Martín", siendo inaugurado el 26 del mismo mes, actuando como padrino de la ceremonia don José María Cullen. El costo de los festejos fue de 100 pesos...

Por ese entonces la delincuencia había adquirido proporciones alarmantes. De la comisaría de San Lorenzo dependían los distritos del Espinillo y el Bajo Hondo y sólo tenía una dotación de 4 soldados que carecían hasta de uniforme y de caballos. El juzgado no andaba mejor. A causa de lo ruinoso del edificio la oficina no podía funcionar los días de lluvia.

De acuerdo con la autorización concedida por la nación, la municipalidad estableció un impuesto de peaje de 4 pesos bolivianos por vehículo y 2 centavos por animal. Para los jinetes y peatones el tránsito era gratuito.

En 1876 fue fundada una sociedad de beneficencia con el fin de sostener el hospital; la presidía doña Dolores M. de Nicolorich y desempeñaba el cargo de secretaria la señora Angela R. de Ricchieri.

Ese mismo año el gobierno constituyó una comisión destinada a crear una biblioteca pública; la integraban los vecinos Juan C. Garay, Albino Palacios y José Castañer.

Una ley dictada el 13 de setiembre de 1875 declaraba de utilidad pública las 6 manzanas ubicadas entre el convento y la parte sur de la población, debiendo ser reservada una manzana para el trazado de una plaza cuyo nombre sería el de "General San Martín".

El censo de 1887 le asignaba al distrito San Lorenzo un total de 3.502 habitantes y 1.852 a la planta urbana; del total, 2.818 eran argentinos y 684 extranjeros.

* * *

El 28 de octubre de 1903 ocurrió un acontecimiento de singular trascendencia. Con motivo de la visita realizada a las ciudades de Santa Fe y Rosario por el entonces presidente de la República, general Julio A. Roca, su

ministro de guerra, el bizarro general Arturo Capdevila, acompañado por una relevante y nutrida comitiva integrada por legisladores, jefes y oficiales, además de calificadas personalidades de la capital federal, se trasladó a San Lorenzo a bordo de la cañonera Maipú, llevando custodiada por fuerzas del ejército la gloriosa bandera del Ejército de los Andes. El espectáculo fue apoteótico. Toda la población, calculada en 4.000 personas se agolpó en la barranca mientras las campanas, las salvas de artillería, las bandas militares y el griterío entusiasta de la concurrencia propagaban su resonancia hasta los ámbitos más lejanos.

La ceremonia, tal como la describe un espectador, debió ser hondamente impresionante. Cuatro bandas militares ejecutaron la marcha de Ituzaingó, en medio del conmovido recogimiento de la multitud; luego comenzó el desfile de los escolares agitando banderitas argentinas; continuaron las tropas del ejército: la infantería con sus relucientes bayonetas y la caballería con sus lanzas erguidas y empenachadas de flameantes banderolas. El sol luminoso espejeaba en los aceros y ponía en el paisaje un esplendor deslumbrante. La escena se tornó más turbadora cuando la guardia de honor de la Bandera de los Andes la posó sobre un improvisado pedestal de 4 fusiles entrecruzados para colocarla al pie del pino histórico. Todos los ojos se vidriaron de emoción. Y un recio anciano con la sien nimbada de canas y las pupilas abrillantadas por las lágrimas, abrazó a su esposa diciéndole: —¡Aura, viejita, aunque me muera!,— a lo que la estremecida compañera respondió: —¡Y yo también!

* * *

Hemos visto cómo a lo largo de una centuria el pueblo de San Lorenzo consumó una privilegiada ejecutoria. De su venerable colegio de misioneros partieron hacia los más alejados confines del litoral aún inhóspitos una falange de abnegados discípulos del "poverello" de Asís en ardida misión civilizadora. Desde frente a sus claustros

augustos los granaderos de San Martín iniciaron su estupenda parábola libertadora. En las acantiladas barrancas los soldados gauchos de Mansilla— también él soldado del ejército de los Andes— ocultos entre los socavones y los espinillos le demostraron a las escuadras coligadas de Francia e Inglaterra que aún quedaban en los pagos de América "autóctona y salvaje" algunos "cachorros sueltos del león español". Sus tierras ubérrimas se empavesaron de trigales cuando chacareros criollos y gringos se empinaron sobre la simple geometría de los surcos. Y en la hora actual, con sus casonas sahumadas de recuerdos, su pino venerado por dos generaciones, la pátina ilustre de sus claustros, sus chimeneas empenachadas de humo, el vigoroso resoplido de los motores, el tránsito febril de sus calzadas, el coquetón esplendor de sus escaparates y la sana alegría de sus gentes activas y optimistas, se diría que San Lorenzo es la presencia emocionada del pasado egregio y escorzo de la presente potencialidad argentina.

FUENTES DOCUMENTALES

ARCHIVO HISTORICO DE LA PROVINCIA, legajos de los años 1816 a 1875.

CABILDO DE SANTA FE, actas correspondientes a los años 1665 a 1750.

CARRANZA ANGEL S., Campañas Navales de la República Argentina.

CERVERA MANUEL, Poblaciones y Curatos.

FERRERO CONSTANCIO, fray, Apuntes relativos al Colegio de San Carlos.

GALVAN MORENO, Los Directores del Correo Argentino.

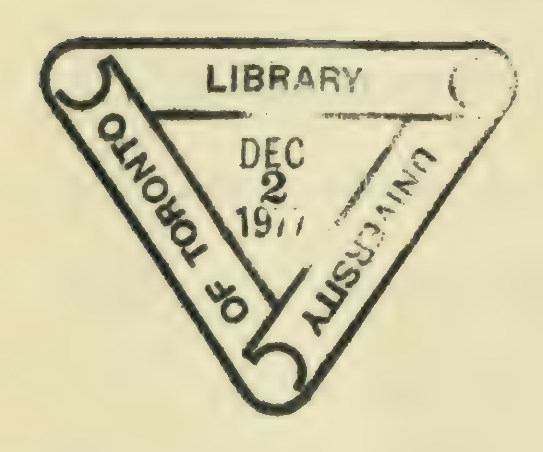
HUTCHINSON THOMAS, Buenos Aires y Otras Provincias.

IRIARTE TOMAS general, Memorias.

MAC CANN WIILIAMS, Viaje a Caballo por las Provincias Argentinas.

OLAZABAL MANUEL DE, general, Memorias

SANCHEZ ZINNY, Vida del general Mariano Necochea.



LIBRARY
DEC
2
1977
UNIVERSITY OF TORONTO



Belgrano 4029 - T.E. 10045

